Historia con esplendor y ocaso

"...En un lugar de La Pampa de cuyo nombre tampoco quiero acordarme vivieron durante mucho tiempo los Kazim una familia de bastante renombre que hacia milnovecientosveintitantos y gracias a la extraordinaria habilidad con que don Alejandro Kazim y su hijo Juan Naum manejaran el negocio de compraventa de tierras en la zona había acrecentado notablemente su mediana fortuna lo cual les permitió construir una verdadera mansión en la calle principal para trasladarse a vivir allí con el mayor lujo y hacer gala de la más ostentosa prodigalidad causando envidiosa admiración en el pueblo y escandalizado oprobio en las tres solteronas Menaides que eran hermanas de la mujer de Alejandro Kazim quien aparentaba no hacer caso de ellas pero secretamente les temía y lo que con más fervor imploraba en sus oraciones era que nunca llegara el momento en que su vida o la de los suyos dependiera en algo de Leonor o Emilce o Haydée porque las sabía memoriosas y crueles y además porque en su fuero íntimo estaba segura de que sus tres hermanas rezaban al mismo tiempo que ella pero a un Dios muy distinto para que ese momento llegara lo antes posible dándoles ocasión de ejercitar de una vez por todas la venganza que hacía mucho tiempo habían jurado contra los Kazim las tres por distinto motivo si bien la más justamente indignada debía ser Emilce a quien don Alejandro había desdeñado después de un breve noviazgo para casarse con Paula la menor de las cuatro y la más bonita pero también la más desvergonzada ya que según la opinión de Emilce solo había una única manera de quitarle a ella el novio y esa manera consistía en perder al mismo tiempo la dignidad que era lo que exactamente había hecho Paula veinticinco años atrás y lo que ella jamás de los jamases iba a perdonarle como no iba a perdonarle Haydée los insultos con que la había agraviado la noche aquella en que estando Paula embarazada de Juan Naum y su marido en el campo contratando la compra de unos predios ella se había armado de coraje para ir a advertirle a su querida hermana algo tan doloroso como eso de que el hijo que llevaba en el vientre correría graves riesgos si

lo dejaban nacer porque su suegro Mohamed Kazim había sido siempre un alcohólico y eso mismo lo había conducido a una muerte temprana y espantosa allá en su tierra según esa misma tarde lo había sabido ella de boca de doña Camila Kazim la propia tía abuela de don Alejandro que por entonces vivía muy anciana y muy pobre en el otro extremo del pueblo sin que sus parientes se acordaran de ir a verla siquiera para las fiestas de Navidad como tampoco se acordaron después de llevarle una flor a la tumba ni de hacer decir una sola misa por su alma en veinte años desde que falleciera y tal dureza de corazón no era exclusiva de Paula y su marido sino que Juan Naum parecía haberla heredado y acrecentado a medida que se iba haciendo hombre o más bien demonio porque a los veinticuatro años ese muchacho ya reunía en su carácter toda la violencia y la codicia y la perversidad que pudieran esperarse del mismísimo Satanás si habitara la tierra como si aquel vicio terrible pero al fin y al cabo más digno de lástima que de ignominia en el difunto Mohamed Kazim hubiese marcado a su nieto no ya con una tara como en un primer momento temiera Haydée sino con esa precoz tendencia al mal en su forma más sacrílega de la que más que nadie podía dar fe Leonor quien nunca olvidaría la mañana de aquel Domingo de Ramos del catorce cuando con los brazos llenos de olivos consagrados que luego repartiría entre los vecinos como todos los años volvía de misa por la vereda grande tan concentrada en sus devotos pensamientos que no advirtió a Juan Naum de gran jarana con sus amigos en la esquina de 'La Fraternidad' molestando a cuanta mujer pasara por allí sin respetar clase ni condición como no respetó ese día a la que llevaba su propia sangre sino que esto pareció aumentar en él la saña y la bravuconería a tal punto que comenzó a insultarla llamándola beata hipócrita y mojigata chupacirios mientras uno de sus amigos le cerraba el paso y otro le tiraba los olivos al suelo tratando de manosearla y de levantarle la pollera mientras el propio Juan Naum y el mocoso Ibañez que ya andaba con ellos parodiaban vilmente una obscenidad entre Leonor y el cura a los gritos y sin dejar de escarnecerla con las palabrotas más humillantes todo lo cual la llevó a un estado tal de indignación tan terrible que comenzó a arañar a los muchachos y a patearlos con todas sus fuerzas al mismo tiempo que lograba desprender su rosario de

grandes cuentas negras del cinturón donde siempre acostumbraba llevarlo y con él alcanzó a golpear dos veces el rostro de Juan Naum haciéndolo sangrar en tanto los otros se asustaban y corrían pero no él que permaneció como si nada y continuó afrentando a su tía tratándola de santurrona y puta hasta que ella desapareció de su vista doblando por la calle del boulevard y llegando a casa hecha una pura miseria en cuerpo y en alma y pidiendo a gritos el revólver del viejo Menaides para ir inmediatamente en busca de Juan Naum y matarlo ahí mismo donde lo encontrase sin dejarlo decir 'a' siquiera pero en tanto profería semejante amenaza le sobrevino un desmayo al que siguió una especie de crisis o crispación nerviosa o algo por el estilo que la postró en cama durante casi dos meses en los que recibió no solo la visita del médico y las damas de su amistad o relación sino la del propio cura que pasaba casi todos los jueves al volver del Patronato y se quedaba junto a ella más de veinte minutos cada vez tratando de calmar sus furias y de hacerle entender lo mal que se llevaban los conceptos de *pietas* y *vindicatio* sobre todo si se consideraba que Leonor insistía en implicarlo a él en dicha *vindicatio* sosteniendo que la afrenta había sido para ambos y considerando además que tal *vindicatio* tenía por destino a un Kazim nada menos cuando todos pero el cura más que todos sabían que la mayor parte de los subsidios pro parroquia venían directamente de la caja de caudales de don Alejandro y no era cuestión de correr semejante riesgo como pensaba el cura entre taza y taza de café sentado a la izquierda de la Menaide convaleciente mientras ésta iba perdiendo poco a poco la confianza en su confesor y consejero espiritual para empezar a reflexionar en otros términos y aunque luego no se apartó definitivamente de la iglesia ni del Patronato ni de las damas de la parroquia sus verdaderos rituales fueron otros muy distintos y sus reales consejeras Emilce y Haydée haciéndose costumbre entre ellas y por muchos años el conciliábulo nocturno donde pasaban momentos de amarga recordación alternados con otros de anticipado regocijo al soñar con ese inevitable día futuro en que los Kazim sufrieran una gran pérdida o una destrucción esencial o una caída de ésas que solo reserva la Providencia a los que están muy arriba y se vanaglorian con exceso porque como solía decir el viejo Agustín Menaides en sus

últimos tiempos cuando se había vuelto absolutamente bíblico y patriarcal 'quien edifica demasiado alto edifica siempre sobre arenas movedizas' y sin duda Alejandro Kazim era de aquellos aunque en verdad a él lo tenían sin cuidado tales agüeríos a pesar de conocerlos muy bien porque no eran solo las tres Menaides las funestas sibilas sino el pueblo entero que entretenía sus largos ocios entre conjeturas y vaticinios acerca de la grandeza y perdición de esa casa y aun su mujer solía mirarlo de soslayo a veces cuando comían solos y él comentaba la última exitosa operación de 'A. Kazim e hijo' o cuando algún oficioso secretario venía a interrumpir las veladas junto al hogar para hablarle al oído a don Alejandro y ella adivinaba inmediatamente que se trataba de Juan Naum y había de qué preocuparse como se preocupó esa tarde a fines de milnovecientosveintitrés creyendo que lo que el oficioso secretario murmuraba era lo habitual y extrañándose mucho al ver que su marido en lugar de ponerse ceñudo como siempre iba distendiendo la mueca rígida de su boca en una increíble y dulce sonrisa porque lo que le estaban anunciando era nada menos que la llegada en el tren de las siete de su hija María que después de finalizar sus estudios con las monjitas regresaba definitivamente al hogar que abandonara cinco años antes cuando era apenas una niña de trece y al que había vuelto solo brevemente para las Navidades o algún acontecimiento familiar de importancia como aquella vez que don Alejandro enfermara de pleuresía en el invierno del veinte y estuviera tan grave hasta que llegó María y él comenzó a recuperarse desde el momento mismo que la viera parada en la puerta con sus trenzas negras y su uniforme del colegio como una niñita asustada y cuando todos dijeron luego que había sido un verdadero milagro don Alejandro sonreía con cierta estudiada ingenuidad respondiendo que él solo se había dado cuenta de la muerte en el momento en que vio allí a María tan pero tan asustada de veras y que eso había tenido la virtud de contagiarle el susto y hacerlo reaccionar tan de golpe y violentamente que la muerte debió de asustarse más que todos y entonces había escapado dejándolo tanto o más vivo de lo que estaba antes de la pleuresía que se hizo luego tan famosa como esta forma de explicar su mejoría que don Alejandro había adoptado y repetía a menudo porque había descubierto que al hacerlo el recuerdo de su hija volvía con

mayor intensidad que cuando trataba de evocarla a solas o con su mujer en la misma sala en que se encontraban esa tarde que el oficioso secretario anunció su llegada por fin y don Alejandro sonrió tan increíblemente y doña Paula se extrañó muchísimo y permaneció extrañada y cautelosa hasta que le dijeron la noticia y entonces su alegría fue tan grande que las lágrimas comenzaron a cruzarle las hermosas y gastadas mejillas y en toda la casa hubo como un latido fuerte y espontáneo que fue creciendo hasta coincidir plenamente con el golpe de la puerta principal y la espléndida irrupción de María recuperada entre abrazos y admiraciones y ligeras voces veladas que eran las voces del hogar mismo o de las divinidades que lo protegían o simulaban hacerlo ya que a partir de entonces y dados los hechos que acontecerían en el transcurso de los próximos seis años cualquiera podría afirmar como lo afirmara el pueblo entero en su momento que las divinidades habían decidido manifestarse claramente a favor de las ociosas conjeturas vecinales y de los menos ociosos y más interesados ruegos de aquellas tres Menaides que en su casita extramuros perseveraban en los conciliábulos siguiendo cada vez con más aguda atención los avatares de sus odiados parientes y en especial todo aquello referente a la muchacha Kazim porque ésta representaba a los ojos de las vengativas hermanas un nuevo y presuntamente más propicio flanco que atacar sobre todo porque la misma María había dado indicios de una vulnerabilidad y una gentileza de maneras y actitudes que al no condecir en absoluto con la brusca y diabólica naturaleza de los Kazim concertaba para sus tías una lógica expectativa fundada en la esperanza y así fue como Emilce decidió una noche que había que pasar de las intrigas a la acción enfatizando al parecer tanto esta última palabra que no habían transcurrido setenta y dos horas y ya la dulce María entraba al comedorcito donde las Menaides ataviadas con sus mejores puntillas y animadas de una gatuna melosidad se esmeraban en disponer tacitas de té con flores azules mientras obsequiaban a su sobrina con sutilísimos mantecados y toda clase de exquisiteces elaboradas la noche anterior y puestas sobre bandejas de plata para agradar más aún los ojos de la muchacha que en ese momento explicaba con entusiasmo a su tía Haydée los secretos del bordado italiano aprendido con las monjitas en tanto Leonor

aguardaba astutamente la ocasión de sonsacarle algún dato acerca de un viaje de Juan Naum a la Capital ya que de esto hablaba cierto rumor captado esa mañana casualmente y que la había llenado de excitación pero que al serle ingenuamente confirmado por María minutos después la hubiera conducido al paroxismo de no mediar la enérgica intervención de Emilce diciendo cuánto lamentaban ellas que el motivo del viaje fuera ése y no otro más placentero porque lo que acababan de oír era que Juan Naum se hallaba algo delicado de salud y quería consultar a un especialista de Buenos Aires cosa que simularon creer las hermanas aunque las tres pensaron y acertadamente que el verdadero mal de Juan Naum no era el mencionado por la joven sino otro cuyo origen había que buscarlo en los galpones de 'La Solanita' lugar así llamado por haber pertenecido antiguamente a la estancia de ese nombre y que hacía ya varios años fuera ocupado por cierto rumano terrible y bastante siniestro de apellido Malariuk o Malatiuk pero al que todos conocían como 'el Príncipe' ya que él mismo afirmaba serlo y exigió ese tratamiento desde el día que llegó al pueblo y se metió en los galpones abandonados de la estancia sin que nadie se atreviese a preguntarle por sus derechos ni entonces ni cuando trajo a los galpones a unas seis o siete mujeres de mal vivir a las que regenteaba y tiranizaba ni tampoco cuando se hizo evidente que las mujeres del 'Príncipe' trabajaban de noche y 'La Solanita' se había convertido en el sitio más frecuentado por los hombres del pueblo ni después porque después fue tarde para cualquier reclamo y ya casi se había hecho costumbre pensar que el vecindario contaba también con su prostíbulo y a medida que pasaron los años las mojigatas aunque indignadas siempre no dejaban de experimentar un inconfesable sentimiento de gratitud hacia el 'Príncipe' que tanto y tan hondamente había contribuido a motivar las reuniones de la parroquia y a dar verdadero realce y estímulo a las alicaídas tertulias familiares pero si acaso lo que el 'Príncipe' afirmaba de sí mismo hubiera sido verdad nunca las alabanzas y la veneración otorgadas a su realeza podrían haberse igualado a las que recibiera aquella tormentosa tarde de invierno de milnovecientosveinticuatro cuando en un pueblito de La Pampa tres violencias de mujer se ofrecían en su homenaje como oro incienso y mirra mientras los truenos crecían furiosamente en el

cielo y grandes ráfagas de arena avanzaban desde el campo con un rugido de venganza grato a las Menaides que sonreían aviesamente tras las cortinas blancas viendo alejarse a María y se alisaban las puntillas nerviosamente y estallaban de tanto en tanto en breves y agudas risitas de bruja mezcladas al ruido del temporal y al crujido de las sillas del comedor y al tañido de la plata y al graznido de un pájaro en el patio y a las delicadísimas vibraciones de los dedos de Leonor golpeando intermitentes la tacita de té mientras pensaba en la clase de 'enfermedad' difícilmente curable que por obra y gracia de algunas de las tantas justicieras deidades invocadas y mediante el 'Príncipe' y a través de una de sus encanalladas súbditas de 'La Solanita' había comenzado ya a minar el perverso y aborrecible cuerpo de Juan Naum al que podía ahora comenzar a evocar parado en la esquina de 'La Fraternidad' un Domingo de Ramos de milnovecientoscatorce sin que este recuerdo le provocara esa angustiosa sensación de impotencia que subía a arañarle la garganta y a nublarle los ojos y que bajaba después hasta la yema de sus dedos como queriendo hacer estallar los límites debiendo retornar furiosamente para subir a arañarle la garganta y a nublarle los ojos y así hasta el infinito pero era el infinito el que encontraba ahora su límite y se desahogaba dentro de ella porque ella había estado tras la ventana todos estos años acechando a través de los cortinados y a oscuras el paso de los hombres camino de 'La Solanita' y cada vez que divisaba el inconfundible andar de Juan Naum sobre los ladrillos rotos de la vereda y cada vez que oía su silbido lento y provocador como una serpiente reptando en la noche y sobre el campo ella ponía el quinqué en la mesa y rezaba delante de un cuchillo y ahora que todo empezaba a cumplirse Leonor quería presenciar de cerca lo que atribuía a una decisiva intervención de su voluntad en el curso de las estrellas y el destino de los Kazim y cuando ese sábado en la reunión del Patronato la mujer del médico entre miradas cómplices y grititos de delicioso escándalo fue dejando entrever la verdadera índole de la 'dolencia' por la que el joven Kazim partiría esa misma noche a Buenos Aires y Leonor vio totalmente confirmados sus pronósticos más felices sin demora corrió a informar a sus hermanas y entonces éstas la ayudaron a ponerse aquel vestido negro que desde el Domingo de Ramos de milnovecientoscatorce había

permanecido bien guardado y preservado en el fondo del arcón a la espera de una oportunidad como la que se presentaba y cuando Leonor se disponía a salir Emilce le alcanzó un velo oscuro y el rosario para que se lo anudara en el cinturón mientras Haydée llenaba sus brazos con ramos de olivo y luego ambas la miraron profundamente hasta que desapareció calle abajo rumbo a la estación donde tuvo que esperar todavía largo rato antes de ver llegar a los Kazim erguidos y desafiantes como era su costumbre a pesar del triste y casi entontecido aspecto de Juan Naum y de la intensa palidez que hacía brillar mortecinamente el rostro de Paula bajo los faroles del andén donde Leonor aguardaba semioculta en un ángulo sombrío y tratando de esconder los ramos bajo el mismo velo que le cubría la cabeza y la cara mientras se preguntaba por qué María no estaba con ellos y cuál sería la mejor manera de mostrarse a Juan Naum sin que sus padres lo advirtiesen aunque la preocupación del momento sumada a esa inveterada actitud de maniquíes que caracterizaba a los Kazim difícilmente les dejaría advertir algo que no fueran ellos mismos de modo que apenas instalado Juan Naum en su asiento sus padres bajaron del tren que se disponía a partir y quedaron de espaldas a Leonor siéndole a ésta muy fácil buscar un cono de luz y avanzar con el rostro descubierto y los olivos bien evidentes en sus brazos hasta quedarse inmóvil a la vista de Juan Naum y cuando él giró la cabeza y se encontró con eso creyó estar loco porque el tiempo comenzó a retroceder vertiginosamente dentro suyo hasta dejarlo diez años atrás parado en la esquina de 'La Fraternidad' y sin embargo despojado de todos sus poderes de entonces en tanto su tía avanzaba hacia él pero avanzaba sin moverse como un fantasma inquietante que lo hechizaba para luego volver a hacer con él algo que no podía saberse pero que sin duda sería algo horrible y entonces Juan Naum quiso cerrar los ojos pero no le fue posible y quiso levantar la mano para responder a las voces de don Alejandro y doña Paula que lo llamaban a la vez que lo despedían diez años más arriba en el tiempo y no pudo siquiera mover los dedos y mientras el tren se alejaba velozmente dejando atrás el pueblo con las estatuas de sus padres en la estación saludando de un modo inútil y vacío Juan Naum seguía viendo la imagen de Leonor que avanzaba desde los rostros que tenía

enfrente desde el techo del vagón desde el campo siempre avanzando y siempre inmóvil hasta que al amanecer y a punto de dormirse comprendió que de todos modos iba a soñar con ella y que también la vería en Buenos Aires y la seguiría viendo cada vez más nítida en su lecho del hospital hasta que llegara el último día y que no solo sería inútil tratar de odiarla o rechazarla sino que además habría que intentar el amor porque al fin y al cabo ella era lo único que iba a quedarle de ese pueblo al que ya no volvería no volvería no volvería y al que sí volvió pero muerto y el día que lo enterraron la única que no lloraba ni parecía estar reprimiendo a duras penas un gran dolor fue María acaso porque no había querido demasiado a su hermano o bien porque con las monjitas había aprendido a conducirse de un modo sereno ante la muerte o por tener el corazón en otro sitio o porque sencillamente su carácter era así de templado y apacible pero de todos modos tal actitud contribuyó a cimentar entre ella y sus padres un alejamiento que ya había venido insinuándose a partir del día en que don Alejandro se enteró de las visitas que su hija realizaba frecuentemente a las tías Menaides y sobre todo a partir de aquella noche que él y Paula la esperaron en la sala hasta muy tarde para advertirle con cierta severidad la inconveniencia de que una muchacha anduviera a tales horas por las calles más desoladas y peligrosas del pueblo y sobre todo entrando y saliendo de casas que no ofrecían ninguna garantía de respetabilidad como la de sus tías Menaides tan ingratas a la familia además por los motivos que ella conocía perfectamente a todo lo cual María había respondido con esa forma sutil de la mentira que consiste no en cubrir la verdad sino en omitir alguna de sus partes que no solo se sentía segura a cualquier hora y en cualquier lugar porque tenía fe en Dios y esto bastaba para protegerla más allá de toda previsión humana sino que además sus tías eran aparte de respetabilísimas las más encantadoras y bondadosas mujeres que había conocido después de las hermanitas del colegio y de la inolvidable sor Margarita tan queridas y lejanas pero en cierto modo ahora presentes gracias a la amistad de Haydée Leonor y Emilce y en tanto de este modo hacía ella el elogio a las Menaides don Alejandro comenzaba a arrepentirse de haber confiado tan íntegramente la vida de su hija a otros sin intervenir él para nada de manera que ahora le parecía estar hablando

con una desconocida sobre la que para peor no tenía ya ningún poder y al tiempo que pensaba estas cosas tenía la vista fija en su mujer pero su mujer no lo advertía porque su corazón andaba enredado en cosas mucho más graves y temibles como ser la última carta de su hijo Juan Naum llena de tristeza y confusión o aquella vieja certidumbre de que sus hermanas vivían maquinando la forma de vengarse de ella y ambas cosas se aliaban y se agitaban extrañamente en los pensamientos de Paula que adivinaba una diabólica relación entre lo de Juan Naum y lo mal que andaban los negocios de su marido desde hacía un tiempo y ahora esta actitud de ellas hacia su hija y la complacencia con que su hija parecía ir inclinándose cada vez más hacia ellas provocando así una situación que inevitablemente iba a resolverse con la alternativa 'o ellas o nosotros' y lo peor pensaba doña Paula es sentir que ellas ya tienen ganada la guerra antes de que empiece y sentir además que sin saber cómo y sin poder evitarlo de ninguna manera ellas nos estuvieron manejando siempre a la distancia pero ahora la distancia se acorta como la vida de Juan Naum como la confianza de María como los créditos de Alejandro y como mi propia distancia ésa que hasta hoy pude sostener entre el espejo y yo entre ellas y yo entre yo y mi culpa y así continuaban los pensamientos de doña Paula aún mucho después de que su marido y su hija se retiraran silenciosamente a dormir y desde entonces quedaron como establecidas las posiciones entre ellos tres y eran posiciones tan lejanas unas de otras como incomprensibles entre sí mientras que en su casita de extramuros las Menaides estrechaban filas y rugían y clamaban y preparaban té y mantecados y confituras cada vez más a menudo y sonreían y simulaban y ataban hilos invisibles al modo de las arañas viejas y experimentadas y celebraban conciliábulos no solo a las horas habituales sino hasta tres o cuatro o seis veces al día y aguzaban su ingenio y tramaban rarísimas invenciones y fantasías para sorprender a la muchacha y Haydée practicaba el punto italiano con suprema habilidad y Emilce salía con inusitada frecuencia volviendo con infinidad de paquetes de los más extraños y Leonor trabajaba con notable entusiasmo limpiando pintando y empapelando a nuevo la piecita del fondo de la casa porque había llegado el momento de ejecutar con más energía y cautela que nunca ciertas operaciones

altamente enigmáticas y de una extraordinaria complejidad como no podía ser menos ya que de ellas dependía la guerra y la culminación gloriosa de la guerra que iba a coincidir poco más o menos con el arribo de los restos de Juan Naum a la estación y con su sepultura el día dos de agosto de milnovecientosveinticinco estando ya María casi del todo alejada de sus padres y secretamente feliz porque amaba y el nombre del que amaba era Gregorio Santos Avilés cuyos años eran treinta y su condición muy pobre y su lugar de residencia en el pueblo la piecita del fondo de la casa de las tres Menaides donde ella lo visitaba casi todos los días a partir de las siete de la tarde y donde se querían con una pasión tan grande y tan absoluta que no habían pasado tres meses del entierro de Juan Naum cuando María llamó suavemente a la puerta de su tía Haydée que por entonces ya era la preferida en el corazón de la muchacha y mientras aquella bordaba en punto italiano lindos pájaros de un mantel ésta hablaba y hablaba pasándose de tanto en tanto el dorso de la mano por la turbada frente hasta que su tía abandonó el mantel para abrazarla y decirle que todo iría bien con su ayuda y la de Emilce y también la de Leonor quien fue la encargada por su amistad con la mujer del médico de ir por éste al otro día y también la encargada de acompañarla hasta la puerta donde él confirmó lo que las tres necesitaban que fuera confirmado para sonreír infinitamente dichosas aquella noche y las demás noches hasta que Gregorio Santos Avilés que era fuerte para el trabajo y consciente de lo que habría que afrontar a su regreso partió dejando a María en manos de las buenas señoras y caminó mucho y trabajó mucho más y hundió por muchas veces los brazos en la tierra porque era el tiempo de la cosecha y él por primera vez aguantaba largamente soles en la nuca y capataces crueles porque mientras él cosechaba María usaba cada vez más amplios y claros los vestidos y rezaba cada vez menos al Dios de las monjitas y más al Dios de Gregorio Santos para que volviera y para que doña Paula no advirtiese lo que estaba creciendo bajo la muselina del vestido aunque raramente podría advertir algo doña Paula después de haber perdido a Juan Naum y atareada como andaba en los quehaceres puesto que ya no había dinero para sirvientes y don Alejandro había vendido hasta la última joya de su mujer además de algunos muebles y cosas de gran

valor para que no le ejecutaran la hipoteca sobre lo único que no quería perder y era esa casa por donde oía hasta en sueños merodear a los acreedores como lobos y a las deudas crecer sin control como una planta trepadora y mortífera que acabaría por ahogarlos ahora que los negocios llevaban implacablemente a la bancarrota y no estaba con él la demoníaca y asombrosa pericia de su hijo Juan Naum para engañar comprando y trampear vendiendo y salvarlos a todos del desastre que de tan próximo consumía vorazmente los nervios de don Alejandro Kazim y lo estaba convirtiendo en un verdadero espectro al que todos temían más que de costumbre especialmente cuando se paseaba por las galerías hablando solo y a veces dando unos gritos que helaban la sangre de su mujer que por eso tuvo tanto pero tanto miedo aquella noche que se presentaron sus tres hermanas pidiendo hablar con ambos y por eso no quiso llamarlo y se mantuvo firme parada contra la puerta que daba a la galería hasta que empezó a darse cuenta de lo que realmente le estaban diciendo casi a coro las tres Menaides y entonces gritó y gritó tan fuerte que vino don Alejandro y sin saber de qué se trataba todavía las arrojó a la calle a empujones entre insultos terribles y amenazas pero esta vez las Menaides no se alteraron en absoluto y hasta sonrieron mientras se acomodaban las polleras y el corsé y las capelinas cruzando el pueblo en sombras y comentando a viva voz lo que acababan de hacer que era ni más ni menos que presentarse ante los Kazim para informar a su hermana del lamentable mal paso dado por su hija y del estado en que ésta se encontraba como de la imposibilidad de cualquier reparación en virtud de la huida de ese mozo Avilés que no solo burló nuestra confianza marchándose sin pagar el alquiler sino que abusó de ella y quién sabe dónde andará en estos momentos y para informarla además de que ellas tres no estaban dispuestas a seguir recibiendo en su honorable casa la visita de María que aunque digna de lástima no era hija de ellas para cargar con la vergüenza de una relación íntima que pusiera en duda la intachable conducta de tres señoritas que aunque decentes y bien relacionadas en el pueblo bastante tendrían con la humillación de que todo el mundo supiera que María llevaba su sangre y gracias a Dios no su apellido porque el difunto Agustín Menaides se hubiera agitado de dolor y rabia en su sepultura de tener que ver

su estirpe calumniada y arrastrada de ese modo por todo lo cual ellas se habían visto en el triste deber de hablar con don Alejandro Kazim o eventualmente con su mujer como terminaban de hacerlo ahora que marchaban muy erguidas y felices camino de su casita extramuros en tanto las cosas se resolvían a puro escándalo y grito en la habitación de María que abandonaba esa noche para siempre la mansión de los Kazim terriblemente dolorida y desorientada y no pudiendo creer lo que había escuchado de su madre acerca de que sus propias y queridísimas aliadas tías hubiesen delatado su secreto y renegado de ella después de tanto que habían dicho y hecho y jurado en su presencia y dirigiéndose por eso a buscar un sí o un no definitivo a casa de las Menaides donde a pesar de que golpeó y gritó y suplicó parada mucho tiempo delante de esa puerta siempre gloriosa y amiga pero ahora clausurada y muda a su reclamo nadie le abrió nadie le respondió salvo la aflautada voz de Emilce escudada tras las cortinas de la ventana que apenas se dejó oír para decirle que no esperara a Gregorio Santos porque en realidad se había marchado para siempre y para exigirle además a ella que nunca pero nunca volviera por allí lo cual hundió a María en la tiniebla y el dolor más grande porque ya había comenzado a sospechar de Gregorio Santos hacía tiempo viendo retornar a los hombres de la cosecha sin que él apareciera entre ellos y entonces su cuerpo tanto como su corazón agotados por la duda y por el remordimiento que el Dios aquel de las monjitas agraviado por la sustitución comenzara a infundir en su alma y por ese esfuerzo de simulación ante sus padres y por todo lo que alguien como María puede llegar a sentir cuando se encuentra de golpe con la vida y comprende que la vida significa naufragio y solo eso su cuerpo y su corazón dijeron basta y así fue que María tomó esa noche el camino de las afueras sin saber ni recordar otras palabras que soledad y traición y hundió los pasos en la tierra hasta llegar al último de los galpones de 'La Solanita' que era adonde iba el 'Príncipe' a dormir pero de día cuando acababa su jornada de vigilancia y cobro y que por eso permanecía en completa oscuridad cuando María abrió la puerta y fue tanteando el piso en busca de algo que ella misma no supo qué era hasta tropezar con una silla y tocar con sus dedos algo que se había caído de la silla y era el cinturón del 'Príncipe' y entonces sí supo y respiró muy hondo y dejó al

cinturón hacer el resto cuando el 'Príncipe' entró bostezando y gruñendo al galpón esa mañana y sus ojos encontraron lo que encontraron dio un golpe tan fuerte a la pared que las chapas de 'La Solanita' se estremecieron y vibraron como nunca bajo el primer sol de ese día de milnovecientosveintiseis que era precisamente el día señalado por el destino para el retorno de Gregorio Santos al pueblo silbando y con los bolsillos llenos de dinero cruzando feliz las cuadras de la estación a la casa de las Menaides donde llegó cuando anochecía y ya todos comentaban lo que una de las mujeres del 'Príncipe' había ido a declarar a la comisaría esa mañana y lo que dos agentes habían ido a buscar a 'La Solanita' pasado el mediodía y lo que por fin habían recibido doña Paula y don Alejandro a la hora de la siesta envuelto en una sábana blanca para ser velado en la sala de los Kazim en el mismo momento en que las llorosas y arpías Menaides plañían o narraban según su conveniencia la triste historia a Gregorio Santos cuyo sufrimiento aumentó al entender que si alguien tenía definitivamente prohibida la entrada al sitio donde ella tanto tiempo lo esperara y que dejara por su causa y al que por su causa volviera envuelta en una sábana inmóvil esa persona era él y entonces dejó el pueblo silenciosamente y esa noche un policía que montaba guardia en los alrededores de 'La Solanita' lo vio con la frente apoyada en el último de los galpones pero no se acercó ni le dijo nada porque comprendió de quién se trataba y porque él mismo estaba dominado por esa impresión de tristeza y aturdimiento que sacudiera al pueblo en la víspera y que lo conmovería aún más al día siguiente cuando viera a María Kazim cruzar lentamente sus calles entre la lluvia y sobre un carruaje para descender allá en las afueras junto a la morada de Juan Naum y entrar a la tierra para siempre y los padres retornaron a la casa y no pudo decirse que la vida continuara ni que las aguas volvieran a su cauce primitivo porque ni él ni ella volverían a ser los mismos y Paula no pudo resistir demasiado sobre todo cuando leía en los ojos de la gente que la historia de María era patrimonio absoluto del pueblo y que no pasaría mucho tiempo sin que las madres jóvenes y viejas aumentaran y adornaran hasta lo inverosímil los hechos para infundir en sus hijas vírgenes toda clase de sentimientos y sobre todo el miedo pero lo que acababa de destruirla era saber quiénes habían propiciado y hecho público y mil

veces público lo ocurrido con su hija todo lo cual sumado al resto de sus amarguras condujo a esta mujer a una rápida enfermedad y a la muerte que fue celebrada entre las tres Menaides con una acción de gracias a sus divinidades particulares y secretas en tanto se disponían a presenciar el último acto de la victoria o sea la caída de don Alejandro Kazim pero aunque ellas se apresuraron a arreglar sus extravagantes vestidos rojos y colocar grandes flores brillantes en sus capelinas don Alejandro se hizo esperar bastante con sus funerales porque era un hombre orgulloso y tenía decidido no entregarse tan fácilmente a la que le había arrebatado ya casi todo de modo que no importándole ahora que ejecutasen la hipoteca ni que todos sus bienes fuesen confiscados y rematados públicamente ni afectándole demasiado lo que entre los vecinos se murmuraba incansablemente se mudó a una pequeña casa con quinta que había comprado en el veinte y que un generoso acreedor acababa de perdonarle transitoriamente y acaso don Alejandro se hubiese recuperado del todo y vivido aún muchos años a no ser porque la maldita casualidad había hecho que su casa fuese vecina a la de las Menaides y no solo la proximidad de estas brujas bastaba para enfermarlo sino que ellas se divertían acosándolo con todo género de malignidades y la que más saña demostró fue Emilce que llegó un día a ejecutar en contra de él cierta monstruosidad que no viene al caso contar y esto no fue lo único ni lo último de modo que el corazón ya debilitado del viejo Kazim no teniendo paz ni descanso ni energías se detuvo una noche de octubre de milnovecientosveintinueve siendo llevado al día siguiente al cementerio con el acompañamiento de toda la vecindad entre emocionada y escandalizada por la insólita presencia en el cortejo y en el mismo camposanto de las tres Menaides ataviadas como para ir a una fiesta con todos sus lujos encima y brillando de pedrería falsa y sonriendo y conversando entre ellas amablemente y acercándose insinuantes a cualquier hombre que se les cruzara mientras los restos de don Alejandro eran puestos al borde de la tumba abierta donde se acercaron las tres con pasos de baile y moviendo histéricamente sus abanicos de pluma y la gente hizo como si las ignorase aunque estuviera pendiente de ellas y cuando el nuevo cura del pueblo que era más joven y no tenía tanto escrúpulo como su antecesor para referirse a los

encumbrados o a quienes lo habían sido alguna vez levantando los ojos al cielo acabó su oración con las palabras *Sic transit gloria mundi* todos miraron conmovidos el féretro aunque nadie supo lo que quería decir."